

# Concurso de ambigüedad

La tolerancia a la ambigüedad es, desde el punto de vista subjetivo, la capacidad de sostener dos hipótesis contradictorias sobre la realidad sin que se paralice la toma de decisiones. Es la capacidad de adoptar una estrategia a pesar de insuficiencia de datos donde basarla, de ambigüedad en el significado de los mismos, de lo impredecible de los efectos de la estrategia misma. Desde el punto de vista objetivo, la ambigüedad es el uso de recursos literarios, o del silencio, o de acciones contradictorias, para crear en el adversario tal desorientación que este no sepa contra qué o quién reaccionar. Es política como ocultamiento. Es, en el fondo, una táctica asustada, de débiles. Mitterrand decía que es la competencia más necesaria para la supervivencia política. Aquellos más dotados para la ambigüedad subjetiva son los que más ambigüedad objetiva pueden crear.

La ambigüedad es la competencia táctica distintiva de CiU, el uso de un torrente de metáforas, cercanas pero desiguales, sobre la *transición nacional*, de manera que el adversario no puede estar seguro del posicionamiento real de CiU.

El gran maestro fue el presidente Pujol: flexible en los medios mientras avanzaba en una mayor autonomía. El mandato surgido de las urnas en Catalunya durante su presidencia fue de una enorme inteligencia, si por tal entendemos la optimización de las opciones políticas: liberando al líder, por la confianza personal depositada en el mismo, de formulaciones detalladas en cuanto a los fines (e.g., independencia de Catalunya o no), o de explicitación de los medios (lo que pudiera generar resistencias), y facilitando casi entera libertad en cuanto a las tácticas. Pocos ejemplos encontraremos en política, como el del nacionalismo catalán bajo el liderazgo de Jordi Pujol, con tanta libertad táctica otorgada a un líder.

La ambigüedad es también marca de la presidencia Mas: en los últimos días hemos leído una avalancha de analogías, metáforas, polisemias, siempre interpretadas de maneras diversas, sobre los fines y medios (ni siquiera estos están claros) de

CiU: Catalunya como el estado de Massachusetts, o como un Estado de la Unión Europea (las dos cosas son sustancialmente diferentes); como emancipación (derecho civil), o como soberanía (derecho político), o como Ítaca (poesía). El ingenio y desparpajo metafórico de CiU es inagotable, admirable, inigualable.

Por eso, que el president Pujol afirme ahora que, quizás, Catalunya necesitará épica para sobrevivir, jugar al todo o nada, a la ruptura, dejar la ambigüedad, es lo más interesante, novedoso, disruptivo, de la política catalana en los últimos meses. En términos revolucionarios sería pasar

antes de las elecciones generales, respondiendo a una pregunta sobre cómo concebía su trabajo, afirmó que este consistía, primero, en fijar objetivos y, segundo, en dirigir el “tempo político”. Una respuesta interesante: podría haber dicho, además del imprescindible “fijar objetivos”, que este consistía en dirigir su equipo, o motivarlo, o establecer las políticas, o dirigir la implementación de las estrategias. Pero no, se refirió en cambio a algo que es puro proceso, pura formalidad, pura abstracción: el “tempo político”: la decisión de qué temas se colocan en la agenda o se postergan, de qué cuestiones tocan o no

tocan, como diría el president Pujol, o de la decisión de en qué montoncito se colocan las cuestiones, como rezaba aquella anécdota sobre cierto jefe de Estado español: aquellas que se rechazan, aquellas que se delegan, y aquellas sobre las que no hay que hacer nada porque se resuelven solas y si no se resuelven a nadie le importa (estas últimas son las preferidas por todo buen político). Y para manejar el “tempo político” la mejor postura es la ambigüedad.

El estilo de Mariano Rajoy tiene un nombre, “acción robusta”, y podría definirse como gastar en cualquier decisión o acción el mínimo capital político posible, ahorrándolo para futuras ocasiones, que no se sabe muy bien cuáles serán y cuándo vendrán. La acción robusta tiene sus grandes modelos clásicos. El más señero es Cosimo, el fundador de la dinastía Médici. Su estilo era misterioso, le llamaban “la esfinge”. El estilo de Rajoy es similar: como titula una de sus biografías, Rajoy es “el hombre impasible”, difícil de prever y, por tanto, libre tácticamente. Como Cosimo, cuando alguien le hace alguna petición gusta responder: “Lo estudiaré”. Sin comprometerse.

No hay marcha atrás en la política catalana. Y CiU encontrará en Rajoy un complicadísimo adversario, una esfinge, libre de hacer una cosa y la contraria. En esta competición de ambigüedad para ganar grados de libertad táctica siempre acaba hablando más, despliega más artificios, quien menos poder tiene, el más ansioso. CiU no para de hacer maravillas con las metáforas. Rajoy calla. El día que CiU deje de jugar al vocabulario es que está ganando. Por ahora es la más nerviosa.●



MESEGUER

de la estrategia evolucionaria “larga marcha” (a lo Mao Zedong), a la revolucionaria (el “Octubre” de Lenin).

Mientras llega la épica, si llega, se avicina una fascinante competición de ambigüedad: CiU contra el presidente Rajoy. Nunca CiU ha tenido como interlocutor en el Gobierno español a un presidente tan ambiguo, tanto como ella. Por supuesto, el estilo de ambigüedad en ambos casos es diferente. Mientras que la de CiU es las mil y una metáforas, la ambigüedad de Rajoy es la derivada del silencio.

Mariano Rajoy, en una entrevista días